

Sábado, 23 de agosto de 1980

fa., Pol/Do, re, mi, fa..., Pol/Do, re, mi, fa

La Vall cambió de piel

No es que la Vall de Santa Creu se esté muriendo. Sencillamente ha cambiado de piel. La diminuta aldea «vallenca» pertenece al término municipal de Port de la Selva, en el Alt Empordà. Se encuentra un poco tierra adentro, oculta, a apenas dos kilómetros del mar. Desde su única calle llana, se divisa perfectamente, a distancia moderada, la respetable arquitectura desdentada de Sant Pere de Roda. Según se sube por la estrecha carretera, el lugarejo —al que la poetisa Montserrat Vayreda calificó de «petit poble ensucrat»— aparece en cuanto los caprichos geográficos apartan de la vista la diminuta ermita de Santa Elana, joya gris prerrománica ubicada en el lomo de la sierra. Hace bastantes docenas de años, se estrelló, cerca de Santa Elena una avioneta en la que viajaban gentes adineradas y bonitas de esas que siempre salen en la prensa del corazón. Por entonces, se habló —muy fugazmente— de la Vall en muchos «magazines» del universo mundo. Al estallar la guerra, vivían aún en la Vall alrededor de 80 personas, la mayor parte de las cuales formaban parte de mi parentela. En las mocedades de mi difunto padre habían llegado a ser más de doscientas. Vivían los vallencs principalmente, del vino y del aceite. Explotaban, de paso, unos menudos puertos familiares perfectos, caligráficos, cuidadísimos, cuyos productos eran inmejorables. La emigración ha ido, poquito a poco, disminuyendo el censo, hasta borrarlo. Ahora, en invierno, nadie vive en la Vall, salvo el pintor Donat, quien pasa allí temporadas muy largas.

Los huertecillos han desaparecido. Pero son aún cuidadas las viñas. Y se hacen esfuerzos para que subsistan los viejos olivares. Pero tales cuidados,

tales esfuerzos, se efectúan a partir de pueblos cercanos más consistentes, más divertidos, más habitables. Naturalmente, la antigua escuela de la Vall —donde fui, durante algunos meses, alumno del prestigioso maestro, ahora jubilado, Josep Durantot—, pasó a mejor vida: se ha transformado en finca secundaria de unos distinguidos veraneantes. Todo el viejo poblado —que en tiempos de Maria Castaña albergó a numerosos servidores de los frailes del monasterio de Sant Pere— ha visto radicalmente modificada su vocación agrícola de antaño. Entre los descendientes de las viejas familias y los forasteros químicamente puros que se han encaprichado del lugar, le confieren un aire de colonia estival recoleta, sombreada y silenciosa. Se perciben, a pasmosa distancia, los rugidos de los coches que suben, en agosto, viñas arriba, trayendo unas hornadas de turismo ligero.

Lo que decíamos: la Vall de Santa Creu ha cambiado de piel al convertirse en un mundillo residencial puramente canicular. Le ha ocurrido lo que a tantos lugarejos antiguos de nuestra Catalunya. Ahora, cuando estamos a punto de penetrar en las excelencias lumínicas de septiembre, las uvas de la Vall están a punto de acogerse ante los vendimiadores. De atardecida, se nota ya los tonos decadentes pastosos maravillosamente desparramados, de un otoño que empieza a enzarsarse en las luces. Desde los altozanos, cuando uno se pone de espaldas al monasterio y se olvida del «poblet ensucrat» se atisban las cabritas saladas del leveche, sobre un mar delicado y casi antiguo que parece sacado de una historia de la guerra del 14.

Jaume Pol Girbal